

TRANSFIGURACION PRECOLOMBINA

Otto Apuy

Si acudo a mi infancia, ésta se encuentra llena de recuerdos en los que figuran piezas-misteriosas-Precolombinas, figuras de tigres y jaguares, de animales grotescos y otras que eran para brujerías, según nosotros. En algunas casas las utilizaron como macetas para plantas ornamentales. Tales objetos llenos de magia y belleza me subyugaban entre lo prohibido y lo atractivo por su forma y color.

En Cañas, Guanacaste, mi primer asombro lo constituyó la Cerámica Precolombina; allí conocí el color terroso y los brillos macerados. En ese entonces los objetos precolombinos, o cerámica de huacas como decíamos, me llamaron poderosamente la atención. A la sombra de los jícaros se extraía un material divino proveniente de los antepasados indígenas, y asumía cierto respeto y miedo ante ellos; yo era atraído por su estética, por sus figuras, por el lenguaje; pero había un tabú, y un comercio lógicamente, detrás de ellas. Tal vez no tuve el tiempo suficiente para contemplarlas a falta de un museo, pero allí, en un pueblo bordeado de ríos y de una gran belleza escondida, entre la sombra amenazante de la tormenta y los picos de los volcanes, bullía bajo mis pies algo que sería después el material de mi herencia estética. Provenía de allí un comienzo sobre la belleza del entorno, un colorido pulido y lleno de contenidos mágicos.

Cuando estaba frente a ellas, me irradiaba energía, y algo desde sus adentros de barro, en la humedad suspendida de su interioridad, una voz, desde el más allá, indescriptible, me hacía soñar. Las palabras pertenecían a lo abstracto, la imagen giraba en torno a las vasijas policromadas, y los colores se convertían en un torbellino único. Yo imaginaba las escenas como si se tratara de una película en que veía a los indios creando sus objetos policromados. Había un destino premeditado e inmaterial, una especie de "transfiguración", tales piezas arqueológicas pasaban a la posteridad acompañando al muerto, porque era una tumba de "huaca", pero otra idea subyugante poseía mi atención, su policromía, sus formas escultóricas, el colorido y el mismo contenido, hasta su uso práctico.

No recuerdo más experiencias fascinantes. Cuando era un pequeño de siete años que había crecido junto a las leyendas de espíritus contenidos en las piezas precolombinas, no se vienen a la memoria más que aquellas entre el miedo, la leyenda y la fascinación de la cultura indígena.

En la actualidad, elementos como vasijas o metates que incorporo en mi trabajo plástico provienen de allí, del contexto de mis primeros conocimientos. El arte conceptual- porque esto es lo que se hace como un juego- toma en cuenta lo popular y aunque no lo es, al "significar objetos precolombinos", tal vez dejados como simples representaciones cripticas, retomo el interés plástico de allí. Yo creo

que un artista o alguien que se acerca con sensibilidad a la pieza precolombina no tiene por qué temer, existe un gran respeto, no por su sentido funerario, sino porque es belleza auténtica; en el arte contemporáneo ha ocurrido lo mismo. En otras culturas, inclusive, se utiliza como un mensaje determinado y afectivo. En mi caso -quiero decir- por contenido, forma parte de mi infancia y de mis primeros contactos con objetos de belleza estética, aunados por su envolvente misterio: sus formas y lenguajes constituyen mi experiencia inicial, junto a otras figuras orientales de mis antepasados chinos.

Había por un lado lo auténticamente indígena, guanacasteco, original, perteneciente a la Gran Nicoya, una patria dividida por un río que debería unir más bien, plagada de incontables lomas que brillan en los atardeceres, y otra venida allende el Pacífico, escondida en imágenes recurrentes y se apoyaban una con una; es decir, ambas estaban siendo olvidadas por el tiempo y las generaciones precedentes.

Las dos vertientes funcionaron como una atomización de la identidad: es por estas circunstancias, creo, que la fusión inminente y perseverante de la imagen por excelencia que se extrae como un signo, como un mensaje, o como un enigma, es la clave cultural que da pie a comunicar su existencia. El hombre advina por el contorno de los árboles, en los altos dominios del Rincón de la Vieja; lo que aparece como ondulaciones en las vasijas, no es más que eso, el recuerdo imborrable de su casa y su hogar, los puntos redondos son frutos y medicinas, los zigzags y los triángulos son volcanes, para el hombre de allí, esos elementos son su lenguaje imperecedero, es una vez más el arte que traspasa el espíritu sin importar el tiempo transcurrido.

"Transfiguración" desde la técnica porque quiere ser "transfigurativa", que transforme, que lleve a algo, que transporte. Son monotipias la simbología y la técnica, es una copia con características únicas. El conocimiento del grupo social chorotega, dado por el carácter complejo de sus formas, tiende a reafirmarse por medio de objetos simbólicos, o acciones simbólicas. La arcilla vuelve con el ritual de la creación por medio de las manos del artista, la arcilla torna al origen, para ir una vez más a la muerte, el hombre regresa a la tierra y resucita con la cerámicas; el arte y la muerte una vez más desenmascaran al tiempo.

Larga noche en que los lagartos, jaguares, sorococas y tepalcuintles, acuáticos, zoomórficos y volátiles se impregnaron en la piedra y las vasijas; larga porque remiten a la naturaleza que les rodeaba; quizá el miedo o el poder, una señal de triunfo o derrota, fueron los motivos. Tierra en relación con el espacio, con la noche, con los rituales antiguos. Es la mano que no descansa en apresar la figura que moldea en la arcilla. El sueño se transfigura, el hombre allí se estaba soñando y se decía para siempre: soy este viento y esta arena, la piedra moldeada por la luna.







Amey 94.